

El alma de la arquitectura

Si abrimos este número por la página 90, y miramos con atención, aún podemos ver, al fondo, la figura de Francisco de Asís Cabrero, sentado, leyendo algún libro ilustrado de Vignola o comprobando soluciones en esquina, de Serlio o Palladio, en una vieja edición de algún tratado renacentista. Hace casi veinte años estuve, por primera vez, en ese mismo espacio. Todo sigue igual, pero distinto. Allí nos esperaban, entonces, Francisco y su leal ayudante, en penumbra, con el proyector encendido y todo su trabajo montado cuidadosamente en un carro recto de diapositivas. Un resumen de toda su racionalidad.

En la casa se respiraba y se respira una atmósfera que trasciende las fronteras del arquitecto. Un lugar para habitar y para aprender.

El alma de la arquitectura nada tiene que ver con lo pretendidamente poético. Simplemente está o no está, la vemos o no la vemos. Casualmente, aparece para no marcharse cuando los arquitectos no quieren ser los padres de sus propias obras, cuando las obras se convierten, en cierto modo, en los padres de los arquitectos, con las que aprenden, con las que descubren el camino, las que les abren puertas. Son este tipo de obras las que nos interesan, compuestas de lo idéntico y lo diverso.

The soul of architecture

If we open this volume at page 90, and we look carefully, we can even see in the background the figure of Francisco de Asís Cabrero, seated, reading an illustrated book by Vignola or verifying solutions for corners, from Serlio or Palladio, in an old edition by some renaissance treatise.

Almost twenty years ago I was in this same space for the first time.

Everything is the same, but different. They were waiting for us there, Francisco and his loyal assistant, in semi-darkness, with the projector turned on and all of his work carefully assembled in a slide carousel. A summary of all his rationality.

One could breathe in that house, inhaling an atmosphere that transcends the limits of the architect. A place to live and to learn.

The soul of the architect does not have anything to do with supposed poetics. It simply is or is not; we see it or we don't. As it happens, it shows itself so that it does not have to flee when architects do not want to be the fathers of their own works, when the works turn into, in a certain way, the fathers of the architects, with whom they learn, with whom they discover the paths, those that open doors for them. It is this type that interests us, composed of the identical and the distinct.

Arturo Franco